

**oficina de prensa del Parti-
do Montonero.**

*** carta al
episcopado
argentino**

Buenos Aires, 7 de febrero de 1977
Año de la Resistencia Popular

COMUNICADO Nº 5 DE LA OFICINA DE PRENSA DEL PARTIDO MONTONERO

Objeto: CARTA AL EPISCOPADO ARGENTINO DE LA CONDUCCION NACIONAL
DEL PARTIDO MONTONERO

Transcribimos el texto completo de la carta enviada al Episcopado Argentino por la Conducción Nacional del Partido Montonero el mes de diciembre último.

Al Episcopado Argentino:

Hemos leído detenidamente la Carta Pastoral emanada de la XXXIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina; hemos reflexionado serenamente su contenido a la luz de la intensa sed de justicia que anida en nuestros corazones de hombres de bien, de hombres del pueblo argentino.

Naturalmente, nos sentimos directamente aludidos y es por eso que deseamos responder a vuestra exhortación, convencidos de que este diálogo entre argentinos de buena fe arrojará luz sobre las oscuras tinieblas que hoy enlutan a nuestra Patria y a nuestro Pueblo, particularmente a nuestros trabajadores.

Sin dejar de tener en cuenta la totalidad del documento, el párrafo desarrollado bajo el título "Oraciones por la paz y la concordia del país" merece nuestra especial atención y origina nuestra respuesta.

Dice vuestra Carta Pastoral:

"El amor al país debe hacer su

perar todas las dificultades que se oponen a su afianzamiento, su normal estabilidad y su más pleno desarrollo.

"Es evidente que la inmensa mayoría del pueblo argentino anhela vivir en paz, en orden y libertad, y es claro también que, para lograr estos objetivos, es imprescindible aunar los esfuerzos y hacer que cobren plena vigencia los valores de la justicia, de una convivencia económico-social equilibrada y de una auténtica armonía fraterna... Debemos implorar de Dios la sabiduría que oriente rectamente todas las decisiones; debemos suplicar que su gracia purifique los corazones para que, en lugar del egoísmo y la ambición, de la falsedad y de cualquier otro pecado, reinen en ellos la humildad y la generosidad, la sinceridad y toda clase de virtudes... Oremos por quienes tienen la difícil misión de velar por el orden de nuestra querida Patria, a fin de que siempre logren ejercitarse en el cumplimiento del deber con caridad y justicia.

"No podemos olvidar a aquellos hermanos nuestros que buscan un nuevo estado de cosas a través de la violencia y la subversión. Recordando con Su Santidad Paulo VI, que 'la violencia no es cristiana ni evangélica', roguemos a Nuestro Padre común del cielo que ilumine sus mentes y mueva sus corazones para que busquen por otros caminos el bien del país dentro de un marco de concordia, de libertad y de paz".

Tratemos de ver a la luz de estos conceptos, que nosotros compartimos, la verdadera naturaleza de la situación actual.

El primer concepto es el amor al país. Sin duda sólo con ese amor se pueden superar los enfrentamientos actuales, como tampoco cabe duda de que si no se superan es porque alguien, que no ama al país, se opone a ello con la fuerza suficiente como para impedirlo.

Para nosotros amar al país significa querer una Patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana. Amar al país es amar a su pueblo, ya que sin el pueblo el país carece de razón de ser. ¿Se puede amar a la Patria endeudándola crónicamente en favor de terceros de otras nacionalidades? ¿Favoreciendo la competencia desigual entre los grandes capitales extranjeros y las empresas nacionales sojuzgadas por la dependencia tecnológica y financiera? ¿Desnacionalizando las empresas del Estado bajo el pretexto téc-

nico de saneamiento de la economía? Empobreciendo a la inmensa mayoría del pueblo argentino, verdadero creador de nuestra riqueza, para enriquecer a unos pocos detentadores del poder económico? ¿Burlando la expresión política popular con un golpe de estado cuando sólo faltaban unos meses para las elecciones generales, que corregirían la traición y la corrupción? ¿Se puede amar al país perjudicándolo tan enormemente? Naturalmente todas estas preguntas son retóricas; de este modo no se puede amar al país y por este camino no se podrán superar todas las dificultades que se oponen a su afianzamiento, su normal estabilidad y su más pleno desarrollo.

Es evidente, como dice vuestra Carta Pastoral, que la inmensa mayoría del pueblo argentino, entre quienes nos encontramos nosotros, desea vivir en paz, en orden y libertad, bajo el imperio de la justicia social. Pero, lamentablemente, sólo la inmensa mayoría del pueblo argentino desea estos objetivos; una minoría aún poderosa económica y militarmente viene demostrando desde hace varias décadas que es capaz de los más salvajes atropellos con tal de impedirlo. ¿Acaso se desea la paz asesinando en masa a familias enteras con la impunidad del poder omnímodo de un Estado dictatorial? ¿O tal vez cometiendo horribles crímenes con la tortura dentro de los cuarteles de la Patria? ¿Acaso no se

genera el caos con la marginación de las grandes mayorías populares, con una política económica de hambre, con la represión sanguinaria ante la menor protesta por los atropellos y despojos padecidos? ¿Se puede sostener que se ama la libertad cuando se encarcela a decenas de miles de compatriotas que aman la libertad, la soberanía y la justicia social? ¿Cuando a ese encarcelamiento se le agrega la suspensión de todos los derechos constitucionales y judiciales? ¿Cuando inclusive se transforma el encarcelamiento en secuestro sin conocimiento del paradero del secuestrado? ¿Cuando por toda defensa ante el secuestro se tiene el derecho de aparecer carbonizado o flotando en el lecho de algún río?

No cabe duda, para la inmensa mayoría del pueblo argentino, que la minoría que detenta el poder inconsultamente no anhela ni siquiera la paz, el orden y la justicia de los cementerios; obviamente, ni qué hablar de sus anhelos de justicia social. Hasta ahora sólo nos han demostrado su amor por el egoísmo, la ambición, la falsedad y cualquier otro pecado.

La misión de velar por el orden se les hace imposible porque en realidad generan continuamente el caos con sus crímenes, atrocidades de todo tipo y sus irritantes privilegios económicos; porque el pueblo argentino no les ha conferido semejante mi-

sión y porque, como reconoce el Episcopado Argentino, ejercen inconsultamente tal misión sin caridad ni justicia.

En cuanto a la alusión directa a nuestro accionar, debemos dejar en claro una vez más que jamás hemos cometido el desatino de pretender desarrollar la apología de la violencia como una cosa buena en sí misma. Por el contrario, como que la padecemos con rigor y la ejercemos con dolor, sabemos que la violencia de la guerra (pues no se trata de otra cosa), produce sufrimientos y pérdidas irreparables a los pueblos. Mucho más cuando, como en el caso argentino, se trata de una guerra civil.

Sin embargo, resulta inalienable e indiscutible universalmente el ejercicio de la violencia en defensa propia de la Patria, en defensa propia del pueblo y en defensa propia de sus individuos. Bien dice la Carta Pastoral cuando reconoce que buscamos el bien del país; y agregamos nosotros que buscamos el bien particularmente del pueblo y de sus trabajadores, los más marginados, los más oprimidos y explotados, los más perseguidos por su hambre y sed de justicia.

Somos un Partido y un Movimiento, entidades esencialmente políticas. Tenemos un ideario de justicia social, independencia económica y soberanía política, plasmado en un programa que desmiente los pretextos de técnicas económicas que los usurpadores es-

grimen para hambrear al pueblo. No obstante, hemos tenido que construir un ejército de la nada, de nuestra ignorancia militar y de nuestras carencias logísticas, en base al coraje de nuestros corazones de patriotas, en base a la sangre humilde y generosa de los mejores y más jóvenes hijos de nuestro pueblo, un ejército alimentado incesantemente por el sudor popular debido a la incuestionable justicia de nuestra causa.

No deseamos la violencia de la guerra; tampoco la hemos buscado ni desatado. Pero nadie puede pedirnos el abandono del derecho de la defensa propia.

En 1955 la violencia asesina bombardeó al pueblo indefenso para arrebatarse las conquistas sociales. En 1962 la violencia copó las calles para arrebatarse al pueblo su legítimo triunfo electoral. En 1969 la violencia reprimió la justa ira del pueblo ante la dictadura. En 1974 la violencia asesinó impunemente a los mejores militantes del pueblo para sostener la traición al triunfo popular de 1973. En 1976 padecemos la más cruel y corrupta de todas las violencias que hemos padecido para sustentar una nueva dictadura vendepatria y antipopular.

¿Quién desató y buscó la violencia? ¿Quién ha buscado defender privilegios inconfesables con el exterminio?

Cuando a partir de 1972 se presentó la posibilidad de buscar

el bien del país por medios políticos convencionales y pacíficos fuimos los primeros en aceptar e impulsar tales condiciones. Sin embargo, la propuesta de la dictadura contenía la violencia de la proscripción y de la represión, como lo demostró el 17 de noviembre de ese año. Y Luego el 20 de junio de 1973 la violencia de los aventureros, de la traición, masacró impunemente al pueblo. En el año 1973 impulsamos vigorosamente la intervención del pueblo en la convocatoria electoral que determinó un abrumador triunfo popular. Luego trabajamos en paz para asegurar la participación del pueblo en el nuevo proceso que se iniciaba. Incluso superando heridas recientes impulsamos operativos de reconstrucción en conjunto con una conducción militar que respetaba la voluntad popular.

Todo 1973 y 1974 fue para nosotros una lucha política convencional para tratar de recuperar el proceso y reencauzarlo en la senda del triunfo popular. Desgraciadamente sólo conseguimos que nos asesinaran más militantes, que nos clausuraran la prensa, que nos allanaran los locales políticos, etc., etc.

No deseamos la violencia de la guerra; no la hemos buscado ni desatado.

Tal como lo hicimos en 1975, nuestro Partido levanta permanentemente una propuesta de pacificación nacional. En la actualidad esa propuesta gira básicamente

te en torno a la libertad de expresión política del pueblo argentino.

Si la dictadura imperante amara al país y a su pueblo convocaría a elecciones libres y sin proscripciones, otorgaría la libertad a todos los ciudadanos encarcelados sin causa de ninguna naturaleza, daría a sus prisioneros de guerra el trato elemental que requiere la dignidad humana, entregaría a los trabajadores sus organizaciones gremiales que les pertenecen legítimamente y procurarían en lo inmediato un reparto justo de la renta nacional que permitiera al conjunto del pueblo vivir con un mínimo de decoro y dignidad.

Si la dictadura de los grandes capitalistas aceptara estas condiciones elementales, la inmensa mayoría del pueblo argentino, y nosotros como parte de él, buscaría el bien del país por otros caminos, dentro de un marco de concordia, de libertad y de paz, tal como dice la Carta Episcopal. En caso contrario, se demostrará una vez más que el actual estado de cosas que vive nuestra Patria sólo es responsabilidad de una minoría usurpadora, que aún cuenta con poder económico y militar pero que carece de toda fuerza política y de todo sustento social popular. Por nuestra parte no tendremos más remedio que ejercer el derecho de la defensa propia, incluso con la violencia de la guerra popular.

Somos plenamente conscientes

de que este enfrentamiento sangriento y doloroso no conseguirá más que retrasar un poco y hacer más sufrido y heroico el triunfo de nuestro querido Pueblo argentino, pero que de ningún modo lo logrará detenerlo.

Sólo unos pocos meses de esta nueva dictadura han bastado para demostrar lo que nuestro Pueblo, y en particular nuestra clase trabajadora, está dispuesta a hacer para defender sus derechos y su dignidad.

Confiamos en que la Iglesia Argentina, tan golpeada también por la violencia asesina de la dictadura, sepa interpretar nuestros anhelos de paz y de justicia. Su voz mesurada y apaciguadora suele ser escuchada en medio de los más fragorosos combates, y su posición le permite mediar donde nadie lo logra. Por nuestra parte, estamos siempre dispuestos a contemplar las soluciones que se nos ofrezcan y ofrecer siempre soluciones que contemplen las más sentidas aspiraciones de nuestro Pueblo. Queda en vuestras manos y en la voluntad de los responsables de esta guerra la última palabra.

Es nuestro deseo obtener vuestra respuesta por escrito o bien oralmente, en fraternas conversaciones personales.

Como público ha sido vuestro mensaje, una vez que nuestra respuesta llegue a vuestras manos, la daremos a publicidad, para reafirmar que compartimos con el conjunto del Pueblo un profundo

anhelo de paz, pero que nos ve-
mos obligados a luchar por la
justicia a la que se opone una

ínfima minoría, que hoy usurpa
el poder.

¡LIBERACION O DEPENDENCIA!

¡PATRIA O MUERTE!

¡VENCEREMOS!

CONDUCCION NACIONAL: Mario Eduardo Firmenich
Roberto Perdía
Raúl Yager
Julio Roqué



